
III.

La carta.

Aquella iglesia era la de las monjas Teresitas que, si no existen en Madrid, podrian existir, y esto basta y aún sobra; y aquel sacerdote era el capellan de las mencionadas monjas, que vivia en cierta habitacion, aneja al convento, y colocada entre él y un palacio, ó casa grande y antigua, de que eran dueños los herederos de don Anastasio Añorbe, á quienes conoceremos oportunamente, si hubiere lugar para ello.

El clérigo dejó á Solita sentada en un gran fardo que formaban diez ó doce tapices puestos junto á la sacristía, y subió cierta escalera de piedra que del disimulado hueco de una puerta inmediata arrancaba.

Tendria el buen señor mas de setenta años, y su cana cabeza pelada al rape, su cuerpo encorvado, sus manos flacas y grandes, su ma-

cilento paso, hablaban al menos observador de los achaques de una edad caduca y de una salud débil. Mucho lo era la del capellan de las Teresas, que padecía dolores y pertinaces ataques de reuma, los cuales le postraban en el lecho durante meses y meses. Pero si el cuerpo del anciano sufría con estas enfermedades, no así su alma, que se dulcificaba con el continuo padecer, bien al contrario de otras, que se ágrían y envilecen con la desgracia. Llamábase el clérigo D. Pedro Hernando de Cifuentes, mas nadie le conocía sinó por el padre Hernando, y áun algunas personas, que le trataban con absoluta confianza, y las monjas mismas, solían nombrarle, en lo íntimo de su amistad, el padre Hernandito, á causa, tal vez, de lo menguado de su estatura.

Dígase de una vez para siempre: el padre Hernandito carecía de aquellos superiores destellos de la inteligencia que otros sacerdotes dejan conocer desde la cátedra sagrada ó desde el libro. Allá, en sus juventudes, sintió amargos de vocacion eclesiástica, y trocando el arado, que sus mayores manejaban como los propios dedos, por la gramática latina, aprendió á declinar y conjugar medianamente en el seminario de Orihuela, masculló su poco de Moral y un Cuestionario Teológico, y á los veintiocho años cantó misa, con gran júbilo de sus parientes, que vieron en D. Pedro encumbrado su humilde linaje á la altura del

sagrado ministerio. A los treinta años fué nombrado capellan del convento de las Teresas, y allí vivía con una hermana viuda, en medio de una paz que tenía algo de la paz del sepulcro.

La hermana del padre Hernando se llamaba doña Mónica, y en su matrimonio con un mayorazgo de Ecija jugador y borracho, que recorriendo las ferias de Andalucía malvertió sus escasos bienes, tanto había sufrido, que estimaba aquel descanso de su agitado vivir como tregua dada por el Señor á su ánima, por que se tranquilizara antes de entrar en el reino inmortal, y la diputaba inestimable gracia. Dos hijos tuvo, y ambos fallecieron de pocos años, no habiendo participado la buena señora de los dulces cuidados de la maternidad, sinó para ver cuán amarga es la muerte de aquello á que se dió vida.

Después de subir el padre Hernando los cincuenta escalones que conducían á la vivienda, tiró del viejo cordón de una campanilla, que amagó cuatro ó cinco veces sonar, como una boca que se prepara al estornudo, y al fin alborotó el pasillo. Unos pasos menudos se oyeron al punto, y la puerta se abrió, penetrando el clérigo en una estancia que, para conocimiento del lector, diremos era el despacho.

—¿Cómo vuelves tan pronto?—preguntó doña Mónica, que había sido quien abrió la puerta.

—Hace mucho frio, y este pícaro reuma... Además, me he encontrado una niña abandonada que se moría de hambre, y la he mandado pasar al pátio de la sacristía para que se acueste sobre los tapices... Mira, Mónica, coge la cestita en que el demandadero te pone el recado de las mañanas, mete en ella algo de comer y échaselo por la ventana á esa niña.

Doña Mónica, que jamás contrariaba las órdenes de su hermano, ni trataba de juzgarlas, se apresuró á obedecer.

Don Pedro, en tanto, se habia despojado del molesto hábito, quedando en trage de seglar. Traía remangados hasta la media pierna los pantalones, y una chaqueta muy raida hacia las veces de levita en su delgado cuerpecillo. Sentóse en ancho sillón de cuero, adornado con clavos romanos, apoyó los brazos en una mesa que delante habia, sobre la cual una lámpara de aceite de oliva derramaba su lumbré, y miró la carta. Pero aún así, no logró leer aquellos garrapatos. Dejémosle buscar en el bolsillo de su chaqueta el estuche metálico de los anteojos; dejémosle sacar éstos, y mientras se los coloca sobre la nariz, apresurémonos á describir el cuarto.

No cubrían esteras el pavimento, ni papeles la blanca pared. Adornábase esta con media docena de cuadros, entre los que descollaban, por su grandor, un retrato de San Pedro, otro de la Virgen en su advocacion del Pilar, un

plano de Jerusalem y el árbol genealógico de San José Patriarca. Tambien se hacia notar, por el lujo de su churrigueresco marco dorado, cierta cajita de reliquias óseas, donde habia un metatarso de San Fructuoso y un diente de San Narciso, obispo de Gerona, con quien la piedad habia hecho lo que no fueron osados á hacer sus enemigos los franceses,

Encima de la mesa hallábase un armario colgante, y en él, al descubierto, dos filas de libros, casi todos con forros de pergamino: la *Biblia vulgata*, un tomo descabalado de sermones, otro del padre Lárraga, el *Año Cristiano*, algo tambien de Fray Luis de Granada y un paquete de bulas. Por la mesa andaban confundidas las hojas de un *Itinerario del Cielo*, las de un *Viaje á Tierra Santa*, el *Brebiario*, y la *Guía eclesiástica oficial*. Unas cuantas sillas viejas de Vitoria completaban el mueblaje del aposento, que era reducido.— Otro objeto podía verse y oirse (ambas cosas) desde cualquier punto de aquel gabinetito: un reloj monumental, que tenia la forma de castillo moruno, por cuya puente levadiza asomaba á las horas y medias horas un guerriero de plomo, para declarar con algo entre alaridos, voces ó trompetazos, á qué parte de la esfera habian llegado las agujas en su eterno viaje. El interesante habitador del castillo parecia la visible fantasma del tiempo, encargada de avisarnos su lapso.

Cuando se sentó el padre Hernando, oyóse ruido de cadenitas en el castillo, desencajóse la puente, salió el moro, y moviendo la corneta que traía pegada á los lábios, tocó una, dos, tres... nueve veces. Eran las nueve de la noche.—Aunque esto no se juzgue necesario, sinó afan prolijo de detalles, diré que tal reloj, demasiado rico para tan pobre casa, procedía de un legado hecho á D. Pedro por el señor de Añorbe, de quien fué director espiritual.

El padre Hernando habia encontrado ya en el fondo de su bolsillo los anteojos. Abrió la boca de pez del estuche de hoja de lata, extrajo los sencillos aparatos de óptica, calóselos con impaciencia, y leyó el sobre. Decia: «*Señora doña Ana Añorbe.*» El padre Hernando experimentó un temblor extraordinario; miró de derecha á izquierda con angustia, volvió á leer el papel, despues de pasar sobre las letras los dedos de su siniestra mano, y... no habia duda. Estaba bien claro: allí decia: «*Doña Ana Añorbe.*» Aquellos dedos arrugados y temblorosos rompieron el sobre sin vacilar, y arrugándole hasta convertirle en una bola, arrojáronla al suelo, donde un gatito negro, que habia acudido á saludar á su amo arrojando el espinazo, se puso á jugar con ella.

—¡Qué casualidad, Señor bendito!—exclamó el padre.—Leamos, leamos... Por mas que ya sé, poco mas ó menos, lo que podrá decir este papel... ¡Este caso de conciencia no se halla

incluido en la *Summa* de Moral y Teología que yo estudié!... ¡Cordero celestial! ¡Como si no tuviera bastante el Señor para probarme con el pícaro reuma, me manda un conflicto tremendo!... ¡Ay, Dios mio! ¡Dios mio!

El clérigo leyó el papel, interrumpiendo de rato en rato su lectura, cuando alguna palabra difícil de descifrar le obligaba á hacer detenido análisis de los torpes trazos de la pluma.

Si, como afirmó la Cigarra, su madre escribía mejor que el maestro de Santa Marta, no era ningun génio caligráfico el tal.

La carta decia, poco mas ó menos, así, en estilo incoherente y oscuro:

«Mi querida señora: Cuando reciba usted
 »ésta, si la recibe, ya habré muerto. La niña
 »queda abandonada y sin amparo de nadie. A
 »mi marido le mataron en Lumbier, y enton-
 »ces escribí á usted avisándoselo, y pidiéndole
 »apoyo para la niña; pero usted no me con-
 »testó, sin duda por no llegar á sus manos la
 »carta. No he revelado á la niña el secreto.
 »pues prometí morir con él dentro de mí, y
 »así lo hago. Muchas veces he pensado ir á
 »Madrid con la niña y buscar á usted. Siempre
 »lo dejaba para mañana, y al fin he llegado á
 »un dia que no tiene mañana sobre el mundo
 »para mí; en cambio para la niña le tiene, y
 »es tan triste, si usted no se halla en su cami-
 »no para socorrerla, que mas le valdria mo-

»rirse conmigo y ayudarme á subir al cielo, »como me ayudó á andar por la tierra. Querida »señora: le pido á usted, desde el borde de la »vida, que recoja á Solita. Ella es muy buena, »muy dócil, muy agradecida. ¡Dios sabe si podrá llegar á Madrid la desdichada!—*Fran- »cisca Pedrezuela.*»

Cuando el cura acabó de leer esta carta, ofrecía su rostro muchos rasgos dignos de estudio para el fisiólogo. Los ojos, espantados, miraban el papel, como si se hubiera convertido en horrible aspid venenoso; la entreabierta boca denotaba el asombro; la inmovilidad escultórica del gesto daba indicio de la irresolucion de un espíritu sorprendido por un suceso imprevisto, de importancia grande. Tan ensimismado se encontraba D. Pedro, que ni oía el ruido de la péndola, ni las carreras del gato jugando con el sobre de la carta, ni los pasos de doña Mónica, que se acercó á su hermano y le puso una de sus manos, cubiertas de mitones, en la espalda.

—Ya dí á esa niña la cena,—dijo la señora.

Aquellas palabras sacaron al padre Hernandito de su absorcion.

—¿Esa niña?—repuso dando una vuelta en el asiento del sillón, que crugió como si fuese á romperse.

Despues miró fijamente la cara de doña Mónica, y exclamó:

—Esa niña, ¿eh?... Pues anda y díla que suba... No podemos dejarla dormir en el pórtico.

—Pero...—se atrevió á decir la viuda, extrañando tanto la resolucíon de su hermano, que al respeto y obediencia ciega que le tenia se sobrepuso la curiosidad femenina.—¿Dónde va á dormir?

—Aquí, aquí mismo. En la única habitacion disponible... La tuya es harto estrecha para dos camas... Aquí le dispondrás un colchon sobre el suelo, dos sábanas y una manta... nada mas.

—Pero...

—Mujer... Hágame el favor de llamarla... Que suba y... luego te explicaré...

Parecia que el asombro y estupefaccion de D. Pedro se habian trasmitido á doña Mónica, quien, con la cara dilatada por la curiosidad, salió del despacho para cumplir el precepto del cura.

Este se quedó diciendo:

—¿Qué resolveré, Dios mio, que resolveré?

IV.

Recogida.

Doña Mónica abrió la ventana por donde echara la cesta con vituallas para la frugal cena de Solita. La luz de la habitación, saliendo por la ventana, proyectó en la frontera pared un paralelogramo amarillento.

—¡Niña!—gritó doña Mónica asomando su cabeza para escudriñar las sombras del pátio.

—¡Qué!—respondió la Cigarra, saliendo de entre las columnas.

—Sube... por esa escalera que hay á la derecha.

La Cigarra subió inmediatamente, aunque con algun miedo. Aquella oscuridad impenetrable, el eco medroso con que los altos muros de piedra reproducian el ruido de sus pasos, tenian tan asustada á la cantora, que apenas habia probado los alimentos que le diera la anciana.

—Dice el señor cura,—afirmó ésta al cerrar la puerta, despues de haber entrado Solita,— que hace demasiado frio para que duermas en el pátio.

—¡Ay, señora! ¡Que bueno debe ser el señor cura! En todo el viaje hallé quien me socorriese de este modo.

—Entra, no te quedes ahí,—añadió la viuda, mirando el semblante agraciado de la Cigarra con expresion de lástima.

El gatito negro habia salido á conocer al recién llegado, y se paseaba delante de la niña haciendo eses con la cola. El gracioso animalito, despues de dar un brinco, corrió hácia el despacho de nuevo. La huérfana y doña Mónica le siguieron hasta la habitacion donde el clérigo aguardaba á la niña con ansiedad grande, pintada en su semblante por indudables rasgos.

—He pensado que el frio de la noche es harto crudo para una criaturita de tu edad... Aquí dormirás magníficamente... Mónica, házle la cama bajo el reloj.

Aquel era el sitio donde el gato Benjamin solia acostarse, sobre un cobre-piés viejo y apollillado; y como si el bicho hubiese comprendido que se trataba de despojarle inicua-mente de sus derechos, lanzó un maullido y fijó sus pupilas redondas y fulgurantes en la huérfana. Tambien tenian fijos sus ojos en ella el padre Hernando y su hermana; y cier-

tamente que aquellos tres pares de ojos podian ocuparse con agrado en mirar tan hermosa obra de naturaleza.

El rostro de Soledad era ovalado, con la barba menuda y afiladita, partida por gracioso hoyuelo, en que se reunia toda la sombra compatible con el resplandor de aquellos negros ojos, que arrojaban viva lumbre, cual diamante tallado en mil facetas. Sus megillas pálidas, marmóreas, suaves, recordaban el color de las rosas de invierno, únicas dignas de acercarse á su nariz recta y pequeñuela, sobre la que dos cejas, como dibujadas con tinta de china, destacaban sus delicados arcos en una frente ancha y noble. Si la estética escultural hubiese cogido por su cuenta á Solita, habria hallado en ella defectos plásticos; acaso el de que su cuello era demasiado débil para tan hermosa cabeza, que, por lo mismo, se inclinaba á derecha é izquierda habitualmente, como flor abrumada de su propio peso; acaso la de que su cuerpo carecia del desarrollo que los Phidias han querido atribuir á Hebe, la vírgen ateniense; acaso la de que sus manos eran demasiado largas y algo flacas. Lo que aseguramos es que un pintor cristiano habria tomado á Soledad por modelo de esos ángeles de ignorado sexo, que entran en el cielo luminoso conduciendo en los brazos un alma justa.—Otras dos cosas muy lindas poseia la cantora, además de su alma: la flexible cintu-

ra, comparable á un álamo jóven, y el negro cabello que, en dos robustas trenzas, caíale por la espalda, como dos frágiles columnas salomónicas derrumbadas. Hemos mentado su alma: era una paloma dormida entre jazmines.

Soledad miraba á los ancianos con gratitud. Sus pupilas no eran de estas medio entornadas que indican malicia é inteligencia suspicaz. Al contrario, abríanse cuanto les era permitido por los párpados, y miraban con toda su fuerza entre curiosas y asombradas.

Después de un rato de silencio, en que pudieron oírse el vaiven del reloj y los pasos del gato, que se había subido á la mesa, y allí ponía sus profanas plantas en el *Itinerario del Cielo*, dijo doña Mónica:

—¡Pobre! ¡Qué hermosa es!

D. Pedro pensó al mismo tiempo:

—¡No hay duda! ¡Cuánta semejanza!

El gato, por no ser menos, sin duda, cuentan que asintió al juicio de la viuda, *diciendo*:

—¡Miau!

Y el guerrero de plomo del reloj, ignórase si movido de curiosidad, ó porque hubiesen llegado las agujas á las nueve y media, surgió de su cárcel tocando la corneta.

V.

El sueño de una noche de invierno.

El cura salió de su despacho después de decir á la huérfana:

—Acuéstate á seguida. Vendrás cansada, sin duda.

Y cerró la puerta, en cuya parte superior había dos vidrios pequeños, cubiertos de una especie de párpados de muselina. Esta puerta separaba el despacho de la sala, que era la más honrada pieza de aquella vivienda, y en frente de su cuadro descubriáanse dos alcobas, que ocupaban respectivamente D. Pedro y doña Mónica. Ambas carecían de puertas, y en su marco blanqueado flotaban colgaduras de tela catalana, muy llena de ramos, que se recogían sobre dos ganchos de hierro, con adornos de metal de azófar, dejando al descubierto un triángulo, á través del cual veíanse las

camas de hierro, tan humildes como camas de hospital, y no menos limpias que camas de convento. Bajo las colchas, que no llegaban al suelo, descubriáanse dos filas de zapatos alineados, desde el par nuevo y sin estrenar, hasta el par agujereado y en situación propíncua de ir á la espuerta de los desperdicios. D. Pedro se puso á dar vueltas por la sala, mientras se acostaba su hermana.

Soledad venia, segun el cura pensó, rendida por la fatiga de la marcha. Desde que murió su madre no habia dormido una noche tranquilamente, con aquel reparador y dulce sueño del niño que descansa sobre el seno que le ha engendrado. La infeliz se desnudó precipitadamente. Asistamos, vueltos de espalda, al despojo de sus ruines harapos, que iban cayendo uno á uno sobre el colchon, y dejaban al descubierto los brazos de Soledad, su seno naciente, sus piernas, aún temblonas por el frío... su cuerpo todo, en fin. La niña se arrojó, hizo la señal de la cruz y metióse suavemente en el lecho, sin mover apenas las sábanas, como una golondrina en su nido, como una abeja en el caliz de la azucena. Cerró los ojos.

No habia ninguna luz en el despacho, y la de la sala, donde el padre Hernandito se paseaba sin cesar, colábase por los dos vidrios de la puerta, diseñando sobre la pared dos figuras geométricas, que recordaban los cua-

dros blancos de un tablero de damas. En medio de uno de ellos, iba y venia la péndola del reloj, que impresionaba el oido como impresionaba el tacto los latidos del pulso, si aplicamos nuestra mano á la de un calenturiento. Si la sístole y diástole de nuestros corazones se oyeran, sonarian así.

Para el que está acostumbrado á ello, el ruido de una péndola es dulce llamativo del dormir; pero para el que no lo está, aquel latido igual, incansable, manteniendo en perpétua actividad los nervios del oido, es incompatible con ese descanso absoluto del sentir, que constituye el sueño. Soledad, despues de cerrar los ojos, volvió á abrirlos para mirar la péndola, y entonces saltó su mente de nuevo la infantil curiosidad que de ella se habia momentáneamente apoderado, cuando escuchó los trompetazos del guerrero moruno.

—¡Qué reloj tan lindo! Parece imposible que un hombre sea capaz de fabricar tal maravilla. Esto es como obra de Dios, y se mueve y respira cual una criatura.

Tornó á cerrar los ojos, pero el ruido de la péndola se los hizo abrir de nuevo, y el sueño, que ya batia sus alas sobre la frente de Soledad, huyó á larga distancia.

—Esta noche hace diez y seis que no veo á mi madrecita... «Reza, me decia ella; reza y te consolarás...» Pues ni rezando me consuelo... «Lláname con el pensamiento y vendré...» Y

la estoy llamando á toda hora y no viene... ¡Madre, madre!

En aquel momento el sacerdote se detuvo ante la puerta del despacho, é inclinando su cuerpo hácia la cerradura, escuchó un momento, y tornó á su paseo.

—Ya se ha dormido... claro está... ¡Apenas ha andado leguas la niña!... ¡Cordero celestial! Si parece imposible que un cuerpecillo tan delicado haya resistido... ¡Mónica, Mónica!... ¡Sí! á otra puerta; también se ha dormido... ¡Feliz tú, que puedes dormir! Yo no duermo hace tres noches, por el pícaro reuma, que se ceba en mi pierna derecha como la horrible boca de una fiera... Hoy, que me encontraba mas aliviado, viene este suceso... ¡Dios mío! ¡Pero si se diría que es un sueño, una pesadilla, un capítulo de novela!... Nada mas cierto, sin embargo... Y vuelvo á preguntarme: ¿cómo resuelvo el conflicto?... Cuantas veces me haga esta pregunta, otras tantas quedará sin respuesta.

El buen anciano se llevó las manos á la cabeza; despues, bajándolas á la altura del pecho, cruzólas con fuerza, y las palmas produjeron al unirse un leve ruido.

—¿Llamabas?—preguntó desde una de las alcobas la voz de Mónica, aún no dormida, pero ya en el umbral de ese palacio fantástico y sombrío en que la humanidad pasa sus noches. La palmada de D. Pedro hizola volver repentinamente á la vigilia.

—Sí,—repuso el clérigo.—Te llamé hace poco, pero ya estabas con los santos.

—¡Cá! hombre... Si no me deja dormir la curiosidad.

—Pues para eso te llamé antes... Tú quieres saber quién es esa niña... Pues bien... no puedo decírtelo.

—¡Buen modo de sacarme de mi anhelo!

—No me creo autorizado para...

—Pues, ¿dudas de mi discrecion y de mi silencio?... Cada momento que transcurre, cada palabra que sale de tus lábios, aumentan mi curiosidad... No, ya no es curiosidad, sinó una ánsia... Yo pensé que tú no tenias secretos.

—Y no los tengo, porque este secreto es ageno. Lo que hago es guardarle... ¡Desventurada niña!... ¡Es preciso una solucion enérgica!

El clérigo arrastró una silla hasta la entrada de la alcoba, y se dejó caer con abatido ademan sobre ella; apoyó los codos en las rodillas, la cabeza en las manos, y permaneció un rato silencioso. Despues, cambiando de improviso de postura, miró á su hermana, que sacaba su moreno y arrugado rostro entre las sábanas, y empezó á hablar.

Al otro lado de la puerta no se dormia aún. Soledad habia oido el rumor de la plática de los hermanos y el soliloquio del sacerdote, y sin lograr que ninguna idea llegase entera á sus oidos, por las palabras sueltas é incohe-

rentes que cogió al vuelo—permitidme la frase—comprendió que se trataba de ella. Prestó atento oído, y escuchó entonces que D. Pedro decía: «¡Es preciso una solución enérgica!» Estas palabras alarmaron á la niña; tuvo miedo y ocultó su rostro entre las mantas, metiéndose bajo ellas completamente.

¡Hablaban de ella! ¡Era preciso adoptar una solución! Dios eterno, ¿qué solución sería?... Entonces se arrepintió de haber subido á casa del cura, y avínole á la memoria que, entre las advertencias que su madre le diera poco antes de morir, fué una la de que se guardara en la corte de entrar en ciertos lugares, donde la tratarían al principio con amor, para obtener de ella luego vergonzosas concesiones, ó para martirizarla cruelmente... En su imaginación vivísima y clara, creyó al punto que había caído en alguna red de que jamás se vería libre. Sus ojos, cerrados y cubiertos por la ropa del lecho, contemplaron en un punto manos feroces armadas de puñales, que brillaban cual relámpagos; rostros barbudos, en los que se movían pupilas sangrientas, al modo que se mueven las llamas en el hogar; puños cerrados, que amenazaban aplastar su preciosa cabecita; uñas caireladas y agudas, que iban á clavarse en su garganta... Todo, en un momento, apareció ante su fantasía con los colores de la realidad, apenas alboreó en su alma el temor de ser víctima de su candidez é inocencia.

Aun cuando las mantas cubrían su cabeza, llegaban hasta ella el ruido de la péndola y el de la conversacion de los ancianos, el lejano gotear de la lluvia sobre los muros exteriores de la vivienda, el traqueteo de algun carruaje que atravesaba la calle vecina como el rumor de un trueno que suena en las lejanías del firmamento... Un instante hubo en que sintió además otra cosa distinta. Algo había pasado sobre su cuerpo, su pabellon auricular percibió un leve crugido... Todos sus terribles sueños iban á realizarse, y cada minuto contado por el reloj temía ella que fuese el último de su vida; pero pasó un minuto, dos, tres, y nada sucedía. Por fin se decidió á sacar la cabeza de entre la ropa y mirar fuera de la cama. Miró, miró con toda su alma, y vió cerca de sí el gatito negro, que seguía jugando con el papel que arrojara al suelo D. Pedro momentos antes.

Tranquilizóse Solita con este reconocimiento del cuarto, y sacó una mano del lecho para acariciar el lomo de Benjamin, que, bajo la dulce presión de los dedos, despidió chispas luminosas y finas, cual hebras de oro. Solita cogió el papel, y maquinalmente lo desenvolvió. Cuando le hubo extendido, examinó su arrugada superficie y... el corazón le dió un brinco dentro del pecho. Había reconocido en aquel pedazo de papel el sobre de su carta. ¿Cómo se había atrevido el cura á

abrirla? ¿Era esa la manera de dirigir á la niña á la persona que, segun su madre, debia protegerla? Nuevo temblor acometió á la Cigarra. Este descubrimiento acabó de convencerla de que habia caido en manos crueles que, lejos de ayudarla á encontrar puerto de amparo, contribuirían al tremendo naufragio de su felicidad. El llanto se agolpó á sus pupilas, y salió de ellas en abundancia. Era un dolor, una pena inmensa, lo que agobiaba á Solita. Aquel desahogo calmó un tanto la agitacion de su pecho, y por fin, rendida al cansancio físico, durmióse, y el sueño se apoderó de su cuerpo como lo hubiese hecho la calentura. Pero aún en medio del letargo, la imaginacion excitada de Soledad trabajaba sin descanso, forjaba medrosas quimeras en el yunque de lo inverosímil; y bajo el martillo del terror, los sucesos de su vida se retorcian y desfiguraban, tomando apariencias espantables, al modo que el metal enrojecido en la forja del herrero. Frecuentemente agitábase su cuerpo con estremecimientos nerviosos, y su boca se abria, como para demandar auxilio; era que en su fantasmagórico soñar alguno de aquellos trasgos, algun fantasma negro acometiale furioso. Luego volvía á la calma.

VI.

Pedagogia.

—¡Vaya, Luci!... Sepamos en consecuencia si esto es difícil... No, no lo es, Luci, sinó que tu tenacidad inverosímil... repite desde el principio: «*The Britons had strange and terrible religion.*» Niña, sepamos en consecuencia si te propones desobedecerme. ¡Qué instinto mas terrible!

Quien así hablaba, era una señora como de cuarenta años de edad, amojamada y seca, cuyo rostro, de color vinoso en los salientes pómulos, causaba mas antipática repulsion que cariñoso interés, aunque pertenecía á un sér destinado á lidiar con la hermosa bandada de pájaros infantiles, cuyos aleteos de ángel alegran el mundo.

Miss Wilfer era *institutriz*, y de las mas esclarecidas que atravesaron el Canal de la